

M 35 385
959/1204

Miércoles 6 de Junio de 1917 c.1

Extraño Reportaje

Anoche, valiéndonos de la espesa neblina que cubría la ciudad, nos acercamos a la estatua de O'Higgins para hablar sin testigos con el soldado español que tantos esfuerzos de equitación y de equilibrio ha costado, hasta ahora, al prócer.

El valiente soldado nos recibió con la esquisita cortesía que caracteriza a todos los reporteados, y, sin moverse de su sitio, con un codo apoyado en tierra - actitud muy suya - se dispuso a contestar nuestras preguntas.

-¿Que piensa usted de la solicitud presentada por los miembros de la colonia española al señor primer alcalde, pidiéndole lo retire de este sitio?

-No me hablen ustedes de mis compatriotas, que me tienen indignado. Dicen que mi presencia los molesta, que mi actitud es vergonzosa, que no debo continuar en mi puesto... En fin, no contentos con todo esto dicen que soy un elemento...

-¿Como es eso?

-Déjenme ~~ustedes continuar...~~ Dicen que soy un elemento secundario, que no, ~~quita ni pone al monumento.~~ Menos aún que este caballo cuyo perenne encabritamiento, lejos de molestarme, me protege de la lluvia...

-¿De modo que usted no está de acuerdo con el decreto del alcalde ?

-¡Y como lo voy a estar; El señor Talavera nombra una comisión para que opine que se pone en mi lugar. Una comisión que, en el mejor de los casos, resolverá reemplazarme por un cañón, un trozo de barricada u otro artefacto cualquiera, como si fuéramos entidades iguales. ¿Creen ustedes que un soldado español, por caído que esté, es reemplazable por unos sacos de arena o un montón de fierro viejo? ¿Que he hecho para merecer tal tratamiento? ¿No cumplí acaso mi deber?

Yo soy modesto. Evito hablar de mi mismo; pero me sacan de mis casillas. Disculpen ustedes, pués, que recuerde hechos pasados. Estaba el 2 de Octubre en Rancagua, cuando a este señor de arriba se le ocurrió salir de la plaza; yo tenía en mi mano, como ahora, el pabellón español y con él quise detenerlo. La historia, en esos momentos, dirigía sobre nosotros su máquina fotográfica; me habría bastado dar un salto para no caer bajo sus lentes; pero no quise hacerlo; era indigno de un soldado; no quería, además, que se creyera que ningún español se había atrevido a detenerlo. La instantánea nos cogió de medio a medio, tal como ahora ve la escena eternizada en el bronce. Aquí estoy demostrando que no he huido, que he sabido cumplir con mi deber. Si dudan ustedes de ello, preguntenselo al caballo, que si bien me derribó, hasta hoy no se ha atrevido a pasar sobre mi cuerno.

Continuación de "Extraño Reportaje" del Miércoles 6 de Junio de 1917

no se ha atrevido a pasar sobre mi cuerpo.

Una especie de relincho nos hizo levantar la cabeza. El equino quería tomar parte en el debate.

-Si - nos dijo - el señor ha sido valiente y muy valiente. Mi dueño lo reconoce. Ambos lucharon como bravos en Rancagua, y ambos han resistido la interperie, y, lo que es peor, la capa de pintura verde con que nos cubre año tras año la Alcaldía. Además, se han reconciliado y mi amo guarda por él una especial deferencia. "No te muevas - me dice muchas veces - y defiende al soldado de la lluvia que bien se lo merece".

-¿De modo - interrumpimos, dirigiéndonos al caído - que usted no quiere que lo saquen de ese sitio?

-Tanto como eso no; pero que lo hagan alegando otras razones que no sean depresivas para mi honor de soldado. Mi situación no es envidiable. Cada mitin que se reúne alrededor del monumento, me obliga a escuchar diez o más discursos. Créame usted que es para volverse loco. Ni el caballo los tolera, y O'Higgins bate en vano su sable en señal de protesta. ¡ que me quiten en buena hora alegando esta causa; pero no que mi presencia es un baldón para España ¡ Además - y esto lo dijo el soldado bajando algo la voz - cuando llegue el caso, no dejen ustedes de pedir que quiten al procer y al caballo, que sufren tanto o más que yo con los discursos.

P.
